

ITICO DE ESCOBAR

Piñar, Fernández de la Mora, Covisa y mucha gente, que hasta llegó Pemán con su pelo blanco y fue vitoreado por el personal. Se agitaron las últimas banderas victoriosas, volando globos pidiendo el decreto anti-porno y hubo mucha moral. Damos aquí la interpretación ideológica de tres grandes hits de Escobar: «Dónde estará mi carro», «El porrompompero» y «No te pongas minifarda».

POMPERO

El público se comportó con mucha educación, vitoreando a la policía, que lejos de intervenir, estaba comodamente sentada en primera fila. En el entreacto, mientras el famoso cantautor hacía gárgaras con clara de huevo, los asistentes en coro enánime gritaban viva las caenas, no a la amnistía, ley y orden y demás sucedáneos. Un grupo de jóvenes bizarros, revestidos con armadura medieval, yelmo y guantelete, vendían al respetable bombones, helados, chicles y almendras garrapiñadas con los colores nacionales.

Ha sido ciertamente una fiesta patriótico-lírica del más hondo sabor racial. La verdad es que el porrompompero, cantado con mucho sentimiento y coreado por la asistencia en pie, resonaba en el descampado castellano como los cañonazos de una salva de honor, de tal forma que a uno se le puso la carne de gallina. La reunión terminó con las voces de ritual y a continuación el público se disolvió pacíficamente y en lugar de manifestarse se fue a tomar un chocolate con porras. Ha sido una noche muy emocionante. ■ V.

DONDE ESTARA MI CARRO

POR fin ha cantado en el Cerro de los Angeles Manolo Escobar, el muchacho que sabe arrancar a su escoba los vibrantes arpegios de la unidad de poder y coordinación de funciones que hacen de él un fenómeno de masas. El recital de Escobar ha sido un acto político, prietas las filas, recias, marciales, nuestras escuadras van, cara al mañana y cara para lo que se ponga por delante. Brillaban los correaes de la multitud al sol de en Flandes no se ha puesto el sol, y se oían gritos de eternidad, y en esto que entra en el inmenso recinto el Cid Campeador, que venía de ganar una batalla después de muerto, y luego entran las caras de Belmez, que una de ellas era la vera efigie de don Gonzalo Fernández de la Mora, y detrás vemos a Torquemada, oliendo a chamusquina, y se oye el slogan de «Torquemada, otra quemada». Aparecen banderas de Catalañazor y pancartas con la inscripción «no amnistía, sí ordalía». Otra, más larga, decía: «Raimon a la luna de Valen-

cia, Escobar a la luna cristañola, viva la democracia a la española». Unos escuadristas entonaban: «Si, si, si, Agustina de Aragón a Madrid». Un jerarca hace sonar la campana de Huesca, hecha con cabezas de periodistas, y aparece en el pináculo Manolo Escobar con su escoba. «¡Ele!». «Pué ná, que aquí voy a cantá a lo reprimio de España es lo mejó, ¡ele!, que le voy a cantá, ¡pero que ele!, la toná con la que tomé conciencia de la realidad social. ¡Ele!». Agarra su escoba, y al primer arpegio todos los ángeles del cerro baten sus alas. ¡Mi carro! El público, en pie, transido por la emoción de la España de la rabia y de la idea, corea el himno de las reivindicaciones históricas: «Mi carro, me lo robaron...». («Pues vaya novedad, en este país», dice un rojo, que es desmenuzado en un santiamén). Donde estará mi carro, donde estará mi carro... Y lo que es la educación cívica. A la salida del Cerro no hubo desórdenes. Pero lo que son las cosas, el carro no apareció. ■ L.

